fué la princesa de Erminge en el tiempo de su fortuna.

— Ha tenido usted un gran valor, le dijo.

— ¿Valor? No... Al principio me dejé llevar por Martina como un pobre animal maltratado al que recoge un transeunte. No había en mí más sentimiento que el terror... Mi marido me había arrojado de su casa con tal violencia...

— ¿Pero la echó á usted realmente?

— ¿No lo sabía usted?

— Nadie ha sabido nada de cierto. Se ha comprendido que había separación y la versión oficial es que está usted cuidándose una afección nerviosa en Alemania.

— ¿Han dicho eso?... Mejor; así se evita todo comentario. Quiera Dios que digan ahora que he muerto, porque, en efecto, la princesa de Erminge ya no existe... Oiga usted lo que pasó realmente. Después de la confesión que usted me aconsejó, por lo que le doy las gracias, fuí arrojada por el príncipe, sí, arrojada á la escalera... De allí me recogió Martina para llevarme primero á Saint-Cloud, donde se estaba educando ese niño que usted ha visto.

— ¡Y no ha querido usted mi ayuda!... murmuró Jerónimo. ¡Hasta me ha prohibido usted servirla!

— Le aseguro á usted que su nombre fué el único que vino á mi pensamiento cuando volví á pensar

después de la tormenta. Pero, no me guarde usted rencor (le cogió una mano y se la estrechó un instante): piense que era yo una enferma con los nervios al descubierto y que el temor de que me encontrase mi marido llegaba á ser en mí una monomanía. No dudé un instante de la solicitud de usted, pero temí que otros siguiesen la misma pista ó que usted mismo me llevase á Cristián... ¿Qué sé yo? Locuras, es verdad, pero que me hacían delirar de espanto. Martina tomó la iniciativa de escribir á usted para calmarme. Poco á poco, el tiempo fué apaciguando mis angustias. Mi hija nació y desde aquel día desapareció en mí toda excitación nerviosa... Ya no pensé más que en ella...

« ¡No pensé más que en ella! » Ese grito maternal hizo daño á Pefaut en el corazón. « Antes, ha temido mi presencia; después, me ha olvidado. »

Marta continuó con fisonomía seria y ojos húmedos:

— He querido ir á la iglesia esta mañana. Sé bien que nunca fuí para él más que una muñeca que le divertía. Para mí misma el recuerdo de mi debilidad es un enigma. ¿Cómo he podido?... ¿Cómo he podido?... Sin embargo, he sido su mujer más que lo fuí de mi marido y él me ha dado toda mi vida presente: mi hija. ¿Ha muerto realmente de un accidente de asalto?

— No, parece que ha sido muerto en duelo por el príncipe de Erminge.

— ¿Á causa de Magdalena?

— Sí.

— ¡Oh! ¡Qué horrible fin!

Marta se puso la mano sobre los ojos como para refugiarse en el asilo de su conciencia. En este momento entró Martina con la bandeja del te y esa distracción alivió á Jerónimo y á Marta.

Pedro venía con su madre y traía con gran precaución una gran cafetera de cobre llena de agua caliente. Mientras las dos mujeres servían el te en un velador, Jerónimo llamó al niño y se puso á hablar con él.

— ¿Quieres charlar conmigo, buen mozo?

— Sí, señor.

— ¿Estudias mucho, amigo Pedro?

— Sí, señor.

— ¿Vas á clase?

— No, señor. Iba en Saint-Cloud; pero aquí es mamá quien me enseña.

— ¿Y qué es lo que aprendes?

— Todo... Todo lo que se aprende en los institutos, hasta el latín. Mamá lo sabe todo.

— No le haga usted caso, protestó Martina... El latín, sobre todo, lo aprendo al mismo tiempo que él.

— Además, voy al taller de cerrajería de al lado, añadió el niño, y eso me divierte mucho.

— Martina es la prudencia misma, interrumpió Marta. Da á su hijo la instrucción de un hombre

superior, pero le pone al mismo tiempo en la mano una herramienta de obrero.

— Señor de Pefaut... dijo Martina presentando al conde una taza, para interrumpir aquel elogio. Pedro, ofrece emparedados...

Martina estaba enteramente á sus anchas en aquel papel de ama de casa, sin afectación y sin cortedad. Pefaut pensó en mil mujeres del gran mundo menos finas que aquella institutriz convertida en modista después de haber sido camarera.

— También yo, dijo Marta, estoy completando un poco mi instrucción, gracias á Pedro y á su madre. Me habían dejado en tal ignorancia...

— Ahí vienen Luisa y Julieta, dijo Pedro mirando por la ventana.

— Son las obreras que vuelven, explicó Martina... Va usted á dispensarme; tengo que bajar á darles trabajo. Ven conmigo, Pedro.

Marta y su primo se quedaron otra vez solos. El sol daba de plano en la ventana, y viendo Marta que molestaba á Pefaut, se levantó y cerró la persiana. La pieza quedó alumbrada por una suave luz. El ruido precipitado de una máquina de coser indicaba que el taller había empezado á funcionar. Aquella callejuela frondosa de Auteuil no enviaba más que rumores de aldea: la lima del cerrajero, juegos de niños, gorjeos de pájaros...

Marta se sentó enfrente de Pefaut, y éste, por

decir algo ajeno á sus preocupaciones secretas, preguntó :

— ¿ Vive usted ahora de su trabajo ?

— No se burle usted de mí, respondió Marta. Conoce usted demasiado la vida para creer, como yo en tiempos, que una mujer del gran mundo puede ganarse la vida de un día á otro. Lo he intentado lealmente en cuanto mi salud me lo ha permitido. He tratado de ayudar á Martina, que había reunido en seguida unas cuantas parroquianas en el barrio ; pero he tenido que convencerme de que no sé, de que *no puedo* trabajar. Podré, acaso, algún día, pero no se sustrae una tan pronto de un pasado de ociosidad. Piense usted que no he hecho nada, nada, durante veinte años y que siempre he oído que el trabajo humillaba á las personas de mi clase... Á usted mismo, Jerónimo, no le perdonan que trabaje y le llaman original... Y el trabajo, renegado durante tanto tiempo, parece que se venga de mí. Me pongo á él con ardor ; tengo al principio algunas buenas ideas y cierta habilidad... Pero muy pronto mi pensamiento se aparta de lo que estoy haciendo y mis dedos se ponen torpes... Me pongo nerviosa, me irrito, echo á perder lo que tengo entre manos y siempre acabo por una crisis de llanto... Además, desde que nació mi niña apenas tengo tiempo. ¿Qué hubiera sido de mí sin mi admirable Martina y sin la tía Laprade que me dejó un poco de dinero ?

— Sí, me había usted hablado de una renta de dos mil francos. ¿ Ha podido usted cobrarla ?

— No me he atrevido á enviar á Martina al banco hasta muy recientemente, cuando la necesidad me obligó. Ha cobrado sin dificultad, pero yo quisiera desembarazarme de ese título, que es al portador, pero cuyo recibo está hecho á nombre de la princesa de Erminge.

— Yo le venderé, si usted quiere. Por lo demás, puede usted estar tranquila, porque nadie la busca.

Se calló un momento y dijo :

— ¿ Me permite usted hablarla con toda franqueza ?

— Por supesto.

— Comprendo que la crisis por que ha pasado usted le haya hecho desear el misterio y el olvido, y nada más. La maternidad, en seguida, ha excluído todos los cuidados. Pero no puede usted vivir siempre en casa de una modista de Auteuil, primero porque esto no conviene ni á su nacimiento ni á su educación, y después porque esta solución inverosímil puede ser peligrosa, pues el menor azar puede descubrirla.

— La última razón es justa, respondió Marta, y ella me obligará, en efecto, á cambiar de retiro... De otro modo, crea usted que me bastaría mi vida presente. Cuando recuerdo á la princesa de Erminge y á la gente que la rodeaba, todo mi ser se subleva y quisiera huir más y más lejos. Yo he

prohibido á Martina que me llame « princesa » y que me trate como si fuera inferior. Cuanto más diferente de la de antes sea mi vida, más tranquila estaré. Por esto, en cuanto tengamos los medios y el viaje no pueda hacer daño á mi hija, dejaremos París y la Francia.

— ¿Y á dónde irá usted? preguntó Jerónimo con el corazón oprimido.

— Creo que á algún país alemán, porque Martina conoce el idioma.

— ¿Y va usted á estarse allí toda su vida?

— No lo sé. Mi marido habló un instante de separación seguida de divorcio. Si él adoptase esa solución, inútil es decir que yo no me opondría.

— Pero ¿y la niña? no pudo menos de decir Jerónimo.

Y sintió en seguida haberlo dicho, porque la cara de Marta se descompuso.

— Sí... Tiene usted razón. Este es mi remordimiento y mi castigo. Cuando me escapé, me parecía que la criatura que llevaba en mí era mía y que, en todo caso, no tenía nada que ver con mi marido. Después he sabido que la ley no lo entiende así y he tenido que declarar la niña como hija de padres desconocidos. La enteraré, sin duda, y le diré la verdad en cuanto pueda comprenderme, pero este perjuicio irreparable causado á mi hija es mi vergüenza y mi castigo. ¡Qué razón tenía usted, Jerónimo! Todo se paga en el orden

de las responsabilidades morales. He infringido una ley y la ley toma su desquite.

Jerónimo murmuró enternecido :

— ¡Querida Marta!... ¡Cuánto quisiera ver á usted dichosa!

Marta movió la cabeza.

— No me quejo, querido primo. He sido hace un año tan desgraciada, he pasado noches tan atroces, que desde que vivo casi en seguridad experimento la sensación de la convalecencia. Cuando se ha soñado con la muerte como medio de libertarse, es muy dulce el aceptar simplemente la vida.

— Eso es quietud, dijo Jerónimo, pero no felicidad.

— Seguramente, ese sentimiento de quietud, de navegación terminada, es el que ahora me anima más poderosamente. Pero la amistad de Martina y la presencia de mi hija son dichas positivas. Ellos dos y Pedro son suficientes para que yo no sienta la espantosa soledad de otro tiempo. Cada elemento de este grupo humano es esencial para la vida de los otros, y esto constituye una dulzura más penetrante que la quietud de que usted habla.

— Lo comprendo, dijo Jerónimo. Y pensó con angustia : « ¡Yo estoy solo! » Después añadió en voz alta :

— ¿Y no hay más que eso?

— Lo demás es un poco difícil de decir, respondió Marta con deliciosa sonrisa de rubor. ¡En fin!...

Usted conoce todas las turbaciones de mi alma y me dió un consejo que le agradeceré siempre, pues me valió el franco rompimiento gracias al cual he podido empezar de nuevo mi vida... Pues bien, en mi nueva existencia, me hace feliz pensar que sin haber sido heroica, seguramente, he conseguido ser un poco mejor que antes.

— Es decir, repuso Pefaut, que ha descubierto usted una ley moral y goza usted viviendo sometida á ella.

— Me han educado sin hacerme entender que hubiese más que conveniencias ni que se debiesen limitar los apetitos por algo más que por la posibilidad de satisfacerlos... Así viví, si no dichosa, indiferente, hasta que cometí un acto gravemente reprensible y sufrí la angustía de las consecuencias.

Se calló, como recordando antiguas imágenes, y Jerónimo se quedó contemplando aquella cara serena y todavía encantadora, aunque algo marchita, como una flor sorprendida por los ardores del sol.

— Entonces, prosiguió Marta con las manos juntas entre las rodillas, sucedieron las cosas como usted las previó tan justamente cuando fui á pedirle consejo. Comencé por sufrir en la obscuridad, como una fiera herida y con un sentimiento de sordo rencor contra mi sufrimiento. Necesité mucho tiempo y muchas pruebas para admitir que aquel sufrimiento estaba destinado á pagar algo y que si

no hubiera yo cometido cierto acto, no hubiera sufrido... Cuando observé esto, no puedo decir que tenía aún el sentido del bien y del mal. Pensaba : « He hecho una tontería » y trataba de eludir sus efectos. Pero al examinar las escapatorias posibles eché de ver que todas me hacían daño y que todas me hacían pagar un rescate. Traté, por ejemplo, de aproximarme á mi marido, y la humillación fué tan cruel que ella me reveló mi propia dignidad. Después me han modificado dos grandes causas : el pensamiento de que Cristián podía matarme y la sensación de que vivía en mí un ser que era « yo misma » y que, sin embargo, tenía derechos sobre mí. Pensando en mi hijo me sentí por primera vez culpable, pues si Cristián lo era para mí, el hijo que iba á nacer estaba inocente de todo y todo podía reclamármelo.

Jerónimo escuchaba conmovido por la gracia y la seriedad con que la joven se contaba á sí misma.

— Esa luz de responsabilidad me inundó, continuó diciendo Marta, al mismo tiempo que el pensamiento de la muerte posible me saneaba el corazón. Cuando le consulté á usted, lo que yo buscaba era el medio del rescate ; usted me le dió al aconsejarme decir la verdad á toda costa.

— ¿Cómo me atreví á dar á usted ese consejo? murmuró Jerónimo.

Ambos se callaron un rato. El ruido de la máquina había cesado y oíase en su lugar una voz fresca y

afinada que, con pausas y trémolos un poco cómicos, cantaba una romanza celebrando « los senderos henchidos de embriaguez » y « el primer ramo de lilas »... Por la ventana penetraba un fuerte y delicioso olor de claveles y rosas caldeadas por el estío. Jerónimo se puso triste contemplando la adorable cara marchita de Marta y pensó que ya no podría considerarla desaparecida de su existencia, como la creía ayer aún.

Escuchó vagamente un instante la canción de las obreras, y después preguntó :

— ¿Sigue Martina siendo piadosa?

— Sí, más que nunca.

— ¿No ha logrado convertir á usted?

— Es tan perfecta, que me ha hecho amable su religión. La acompaño casi siempre á la iglesia y me gusta estar allí, sola con ella, en las horas en que no hay gente. Por otra parte, todavía no sé rezar.

— Ya sabrá usted; el contagio religioso es irresistible.

— Puede ser...

Se produjo otro rato de silencio. Un ligero viento jugaba con la persiana. Jerónimo miraba á Marta y se daba cuenta de que era el único ser en el mundo por quien él experimentaba una profunda ternura. En este momento se abrió la puerta y entró la niñera con la niña, que venía muy despierta, un poco nerviosa y haciendo oir vagidos muy próximos á convertirse en gritos.

— Es la hora de comer de mi hija, dijo Marta.

— Me voy, respondió Jerónimo.

Y se levantó.

— No me molesta usted en modo alguno, primo, repuso Marta. Permítame usted tan sólo que vaya á ponerme un traje más cómodo para una nodriza.

— No, tengo que marcharme.

— Pues voy á acompañarle á usted hasta la puerta del jardín. La niña esperará un minuto.

Martina, que estaba en el taller, los vió pasar y con el delantal recogido para sostener una porción de plumas y tules, corrió á despedir al señor Pefaut.

— ¿ Volverá usted á vernos? Marta se alegrará mucho. Y si hay algún peligro, ¿nos advertirá usted ?

— De eso, puede usted estar segura.

Se estrecharon las manos, sin violencia alguna por el recuerdo de otros tiempos. Marta, que estaba ya en el jardín, cogió una rosa y se la ofreció á Jerónimo.

— Tome usted, dijo ; llévese un recuerdo de nuestra casa.

La joven vió que la mano de su primo temblaba de tal modo, que no acertaba á ponerse la flor en el ojal de la levita. Jerónimo no trataba ya de ocultar su turbación ; y ambos se comprendieron entonces mejor que si hubieran tratado de explicarse con palabras siempre indóciles.

Al llegar á la verja, Pefaut se decidió á decir :

— Sabe usted que mi deseo sería no serle á usted inútil. Cuando se decida á salir de París creo que podré servirla. No me rehuse usted ese gusto.

— Le prometo á usted apelar á su experiencia y á su amistad, respondió Marta.

Su cara sonreía, pero aquella sonrisa no prometía más de lo que expresaban sus palabras.

Jerónimo lo vió, pero, á pesar de todo, se estaba formando en él una tenaz esperanza contra la cual no trataba ya de combatir.

— ¿Me permitirá usted volver á esta casa antes de que emprenda usted su viaje ?

Al preguntar esto, comprendió que la respuesta iba á tocarle en las fibras más secretas.

— Vuelva usted... si quiere, dijo Marta.

FIN

PARÍS. — IMPRENTA DE LA VDA DE CH. BOURET.